

## Cuestiones epistemológicas y metodológicas de la investigación en comunicación

por Carina G. Cortassa

*En este artículo se enfatiza la necesidad de lograr una articulación entre la reflexión epistemológica y la preceptiva metodológica, entendidas ambas como imprescindibles tanto en la formación del investigador como en la propia práctica de producción de conocimiento en las Ciencias de la Comunicación. Recorre la discusión histórica acerca del estatus epistemológico de la disciplina, y algunos problemas frecuentes tanto en la enseñanza de la metodología como en el ejercicio de la indagación científica en el campo.*

### UNA CONCEPCIÓN NO INSTRUMENTAL DE LA METODOLOGÍA DE INVESTIGACIÓN

Las discusiones en torno de la Metodología de la Investigación en Comunicación<sup>1</sup> remiten –o deberían remitir– de manera estrecha hacia los aspectos teóricos y epistemológicos de la disciplina. Este enfoque supone –es su pretensión– retirar a la metodología de su confinamiento prescriptivo e integrarla a la reflexión acerca de los fundamentos del campo y de las diversas teorías que lo atraviesan. Pero al mismo tiempo vamos a sostener que este énfasis necesario en la comprensión integral del proceso de investigación, y su vinculación con lo teórico y epistemológico, debe operar paralelamente y no en reemplazo del reconocimiento, problematización y puesta en acto de la ya mencionada preceptiva metodológica, entendida como imprescindible al momento de generar conocimiento válido en cualquier

campo del saber. La asunción inicial para estas reflexiones, entonces, es la que inscribe a la metodología de la investigación en una doble concepción:

1. Como disciplina prescriptiva de una cierta –y más o menos flexible– normativa a observar durante el proceso de producción de conocimiento. En este sentido, se trata de la (tan denostada) perspectiva instrumental que avanza sobre el *saber hacer* una investigación.

2. Como una gramática-metalenguaje que profundiza en el sentido de un proceso de investigación y conduce a la crítica epistemológica acerca de los supuestos que en él están operando. Y que, por ende, completa el mero *saber hacer* con el *saber decir lo que se hace*, cómo y desde dónde.

El hecho de que cualquiera de los dos aspectos se enfatice en desmedro o reemplazo del otro tendría –según estas premisas– el mismo efecto que la amputa-

ción de una pierna: el sujeto podrá caminar... rengueando irremediablemente, dado que a su equilibrio le falta uno de los puntos de apoyo. Su andar en el plano de la indagación será lento y trabajoso, y encontrará a cada paso obstáculos difícilmente superables. Parafraseando la reconocida expresión de Emmanuel Kant, creemos que resulta relevante admitir que *la reflexión epistemológica sin preceptiva metodológica es ciega, y la preceptiva metodológica sin reflexión epistemológica es vacía.*

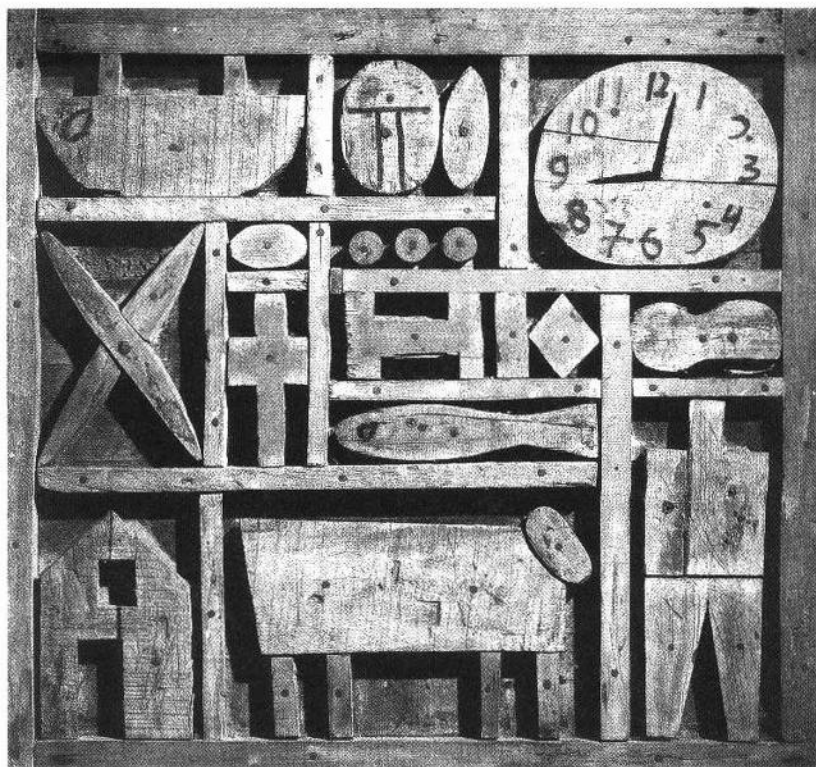
Entendida de esta manera, la metodología de la investigación redobla la apuesta de quienes enfatizan cualquiera de ambas perspectivas relegando la otra:

1. Porque frente a los partidarios de la “metodología-receta de cocina”, plantea que ésta es necesaria pero absolutamente insuficiente.

2. Y frente a los detractores de su carácter instrumental –para quienes el afán metodológico resulta constrictivo–, sos-

Francisco Matto “CONSTRUCCIÓN.

HOMENAJE A TORRES-GARCÍA”, 1953. ÓLEO SOBRE MADERA.



tiene que no es posible ejercitar una crítica fundada del conocimiento si antes no se han atendido a cuestiones tan básicas como generar una hipótesis bien planteada o un instrumento de recolección de datos con cierto grado de validez y confiabilidad. Aun en investigaciones de corte cualitativo,<sup>2</sup> en las cuales el objetivo no es estrictamente el de contrastar hipótesis sino arribar a ellas, la mayor "flexibilidad" metodológica no debe confundirse con "innecesariedad".

Entre los numerosos problemas detectables tanto en la investigación comunicacional en sí, como en la enseñanza de metodología en las correspondientes cátedras, consideramos que éste se cuenta entre los fundamentales. Y, consecuentemente, entendemos que resulta una exigencia impostergable plantear una complementación entre ambos enfoques, del mismo modo en que antaño se discutiera la conveniencia de la complementación entre los paradigmas de investigación social.

Por la década del '60, se propone el mecanismo de *triangulación*<sup>3</sup> articulación o convergencia inter-paradigmática, cuyo objetivo es potenciar las ventajas, paliar las limitaciones y disminuir los sesgos que supone cada enfoque por separado. Dado que, para beneficio de la investigación social en su conjunto, la triangulación metodológica ya no configura un objeto de discusión sino de práctica concreta, creemos que resulta necesaria una nueva forma de triangulación, con el mismo objetivo de superar limitaciones y potenciar ventajas: aquella que pueda integrar en una misma concepción de la metodología el plano normativo y el plano de crítica del conocimiento. De otro modo,

nuestro andar seguirá siendo irremediablemente defectuoso: oscilando entre una crítica errática, o la hipertrofia de unos instrumentos en detrimento de todo lo demás. Aun en detrimento del mismo objeto y sus demandas.

#### EL PROBLEMA DE LA DEMARCACIÓN Y LOS "INVARIANTES ESTRUCTURALES" DE UN PROCESO DE INVESTIGACIÓN

No vamos a profundizar en esta oportunidad en las discusiones en torno del estatus epistemológico de las Ciencias de la Comunicación, tema hartamente abordado en la bibliografía especializada y de intercambios en jornadas y congresos desde hace años.

Si es ciencia o ciencia(s), o nada y, en ese caso, de acuerdo con qué criterio estaríamos en condiciones de sostenerlo. Si —en términos kuhnianos— existe o existió un período paradigmático y, en ese caso, cómo y cuándo se produjo la "revolución" y qué paradigma reemplazó al otro. ¿Habrá sido la formulación de la *Teoría Matemática de la Información* el "logro" fundante? O bien la perspectiva *Crítica de Frankfurt*, casi contemporáneamente a aquella, ¿habrá recortado como objeto de análisis de la Comunicación a la Industria Cultural como vehículo de alienación...? ¿Podemos afirmar con propiedad que los *Estudios Culturales* —desde el enfoque inicial del Centre of Contemporary Cultural Studies de Birmingham, entre otros— han sido el paradigma que vino a reemplazar a los modelos previos, frente a la acumulación de anomalías que en relación con los procesos comunicacionales aquéllos no permitían explicar?

¿O será más bien —como el propio Kuhn afirmaría— que, dado que dichos "logros" no fueron nunca consensuados

por la totalidad de la comunidad científica, todavía nos encontramos en estado pre-paradigmático, y proliferan legítimamente las distintas corrientes y teorías? (Cabría, en ese caso, una pregunta casi obvia: Si nunca hubo paradigma, ¿de qué hablamos cuando nos referimos u oímos referir –muy habitualmente– al hecho de que nuestra disciplina, como las ciencias sociales en general, se encuentra inmersa en una “crisis de paradigmas”?).

También podríamos plantearnos si –ahora desde la perspectiva de Imre Lakatos– los que se desarrollan en el campo de la comunicación no son paradigmas sino Programas de Investigación (cuya coexistencia es compatible) alternativamente más o menos productivos o regresivos pero nunca del todo agotados.

Es ocioso decir que todo aquello que podamos discurrir acerca del gelatinoso estatus de científicidad de “lo comunicacional” tendrá que ver, precisamente, con el fundamento epistemológico desde el cual lo analicemos. En relación con ello, resulta interesante rescatar una reflexión reciente que plantea la duda, precisamente, en el punto de la necesidad de la demarcación:

*¿Pero es ésta [la demarcación] una necesidad real o el mero producto de demandas institucionales y académicas? Quizás sea tiempo de admitir que la pregunta sobre el estatuto epistemológico de la comunicación conduce a un callejón sin salida. (...) Que postularle un objeto de estudio privilegiado y un campo específico no hacen más que minar sus potencialidades. Tal vez en esta seminal incapacidad para definir sus coordenadas radique su fuerza. En el hecho de*

*que requiera de múltiples disciplinas sin constanciarse del todo con ninguna.*<sup>4</sup>

Esta afirmación, que eximiría a la comunicación de ciertas engorrosas definiciones de base, resulta por demás polémica si tenemos en cuenta que buena parte de los esfuerzos por la construcción de un campo de saber delimitado tienen que ver –en términos de P. Bourdieu– con la determinación de la especificidad del capital que es propio de él; que lo distingue de los demás y define su objeto privilegiado y sus particulares coordenadas. Y que ése es y ha sido, durante mucho tiempo, el objetivo de quienes sostenemos la autonomía relativa de “lo comunicacional”; sin negar –claro– su multidisciplinariedad constitutiva, mas procurando evitar su dilución epistemológica y metodológica. Parafraseando a Alan Chalmers,<sup>5</sup> podría decirse que –a diferencia de lo afirmado por los autores citados– llevamos buena parte de nuestra historia disciplinar intentando con mayor o menor éxito respondernos a la cuestión de “¿Qué es esa cosa llamada Comunicación?”.

Bien que la consideremos bizantina o eludible, en esta reflexión vamos a sostener que la persistente discusión acerca de la naturaleza de la Comunicación no dispensa a la investigación en el ámbito de cumplir con ciertos requisitos mínimos que todo estudio –por difuso que sea su carácter epistemológico– debería sustentar. Desde esta premisa, proponemos como aplicables la existencia de “invariantes estructurales”, que Juan Samaja postula como inherentes a cualquier proceso de producción de conocimiento científico, y que se constituyen en la base de su teoría de la investigación.<sup>6</sup>

*1º invariante:* que todo proceso de investigación científica supone como producto un conocimiento científico –ya sea como descripción, explicación o comprensión del fenómeno comunicacional– que se compone de elementos teóricos y elementos empíricos, normativos y constativos.

*2º invariante:* que todo proceso de investigación supone en su desarrollo el empleo de ciertos métodos no ad-hoc, ya sea para construir un conocimiento nuevo como para validarlo. Que ese despliegue de acciones tiene un ordenamiento lógico y cronológico, que puede ser diverso ya sea que se opte por un enfoque cuantitativo o cualitativo, o triangulado, pero no estar ausente. Es en este invariante adonde se inscribe la necesidad de la normativa metodológica a la cual nos referimos en el primer apartado, aquella que supone básicamente. El recorte de un problema. La formulación de un marco teórico. La detección de ciertas categorías o variables. La postulación hipotética de ciertas relaciones entre ellas. La elaboración de un diseño metodológico de abordaje. La salida al campo. El análisis de los datos.

*3º invariante:* que todo proceso de investigación se enmarca en ciertas condiciones de realización: disponibilidad de recursos y técnicas, y normas institucionales vigentes; vehículo y marco normativo que a la vez permiten y limitan el trabajo de investigación.

Tenemos entonces que:

En principio, el estatuto de la/s Ciencia/s de la Comunicación sigue siendo un interrogante digno de profundización –para algunos– o un obstáculo epistemológico a la Bachelard –para los autores citados.

Al mismo tiempo, esta situación no paraliza la producción de conocimiento en el campo de la disciplina; un hecho corroborable si tenemos en cuenta la profusión y diversidad de bibliografía que se publica mensualmente acerca de temáticas específicas o afines, o la cantidad de encuentros que las instituciones promueven entre los estudiosos del campo.

Sin embargo (y debido a la misma razón: el terreno arenoso en el que se plantan sus cimientos), la metodología de investigación en comunicación debe profundizar en los invariantes estructurales como aspectos ineludibles al momento de generar conocimientos con cierto grado de validez, de acuerdo con parámetros compartidos por una comunidad científica.

Los próximos apartados de este artículo tienden a recoger algunos problemas específicos del 2º invariante: el que se centra sobre los Modos del Método. En primer término desarrollaremos lo que, consideramos, ocurre cuando se (mal) entiende que la mera aplicación de unas técnicas de recolección de datos –como la entrevista en profundidad o la observación participante– supone automáticamente estar haciendo investigación de carácter cualitativo. Los tramos finales avanzan sobre el prejuicio –cada vez más generalizado en ciertos ámbitos de la investigación social– respecto de la indagación cuantitativa y el análisis estadístico; una suerte de descalificación de los posibles aportes de este enfoque que, en definitiva, se transforma en una carencia y una seria limitación en la mirada del científico social.

**LA RESTITUCIÓN DEL SUJETO  
NO SE LOGRA CON "DEJARLO HABLAR"**

*Ello significa que emplear entrevistas en profundidad, observación participante o historias de vida no siempre supone hacer investigación cualitativa.*

El predominio del estructural funcionalismo en los orígenes del enfoque "administrativo" de la investigación en comunicación marcó, desde el comienzo, la impronta teórica y metodológica que sería hegemónica en el campo de un objeto de investigación comunicacional relacionado indisolublemente con los sistemas de comunicación de masas, la propagación de los mensajes y sus efectos sobre los sujetos. El enfoque Crítico Estructuralista aplicado a la comunicación contribuyó a la consolidación de un escenario donde el drama de la manipulación del receptor era representado, una y otra vez, con variaciones de formas y actores pero con un libreto reiterado.

El señalamiento crítico que se le formuló a ambas perspectivas se refiere a un aspecto que comparten, aun desde su oposición fundamental ideológica y filosófica —y por ende, epistemológica y metodológica—. Esto es, a su concepción de "sujeto borrado", perdido bajo la omni-determinación de uno u otro aspecto macro, ya sea "sistema" o "estructura".

Los abordajes teóricos que concretaron la consecuente ruptura se plantearon la necesidad de desarrollar mecanismos que incluyeran "lo subjetivo" como elemento imprescindible para la comprensión del proceso social general; y el campo de la investigación en comunicación no se sustrajo a esta tendencia.

El interés por resituar el objeto comuni-

cacional en la tensión entre procesos macro y microsociales ha generado un mayor acercamiento al estudio y comprensión de fenómenos comunicativos que exceden el campo mediático o, partiendo de la cultura de masas, enfocan el problema desde los espacios de interacción grupal, las relaciones interpersonales, las prácticas culturales de los receptores que influyen en sus modos de organización de la percepción, consumo y decodificación, etc. Sobre esta base se constituyen los estudios acerca de las relaciones entre Comunicación y Cultura, en los cuales los procesos de interacción social cotidiana se reconocen como espacios mediadores entre los mensajes y los sujetos, al tiempo que ellos mismos —los procesos mediadores— se constituyen en espacios comunicativos con sus propias dinámicas.

Acercarse al sujeto olvidado, rescatar su punto de vista, reconstruir las formas en que percibe y organiza la situación que vive, supuso, entonces, la necesidad de revalorizar metodológicamente el enfoque cualitativo, o, por lo menos, sus técnicas de observación y recolección de datos: la entrevista en profundidad, la observación participante, las historias de vida o método biográfico.

Sin embargo, nos parece importante señalar que, en algunos casos, más que una ruptura epistemológica y un consecuente replanteo metodológico, lo que ha ocurrido es una mera utilización de unas técnicas y no de otras. Y que eso se ha entendido, ligeramente, como aquello que nos permitiría acceder al punto de vista del actor; aunque, en definitiva, lo que se reemplaza es un instrumento por otro, y no se reconoce —en el peor de los casos,

no se conoce— que los supuestos básicos del enfoque cualitativo implican una construcción completamente distinta del objeto de estudio. Esto es, mucho más allá de la utilización de unas técnicas e instrumentos diferentes.

En este sentido, creo que en muchos casos podemos advertir cómo seguimos acercándonos a la entrevista en profundidad, por ejemplo, con un enfoque objetivista: su finalidad es aportar datos acerca de una realidad que se proyecta como dada y cognoscible; aunque se entiende que esos datos serán más “ricos y profundos” que los que se obtendrían con un cuestionario estandarizado. Pero el objetivo es que el sujeto “informe” sobre los procesos o acontecimientos por los que atraviesa —y lo atraviesan—; al tiempo que se supone —erróneamente— que por el mero hecho de asignarle la palabra estaríamos accediendo a su punto de vista, a su lógica de aprehensión y construcción del sentido de su acción, etc. Aunque, como ya dijimos, el interés se mantiene fijo en unos hechos externos respecto de los cuales el sujeto cumplirá su rol en la entrevista en la medida en que sea un informante locuaz y bien predispuerto al diálogo.

Una consecuencia de este problema metodológico la hemos detectado, en reiteradas oportunidades, en la enseñanza de la metodología de investigación: los estudiantes no logran —tanto durante el desarrollo de la cátedra como en sus ejercicios finales— reconocer la diferencia entre las preguntas abiertas de un cuestionario de encuesta y una entrevista en profundidad. Menos aún si se trata, en el último caso, de una modalidad “semi-estructurada”: si hay una estructura, entonces habrá que

ofrecerle opciones, y así formulan perfectos cuestionarios de encuesta poblados de items cerrados o categorizados. Siempre, claro, con la inclusión del “por qué”, dado que a través de esta alternativa es como, se supone, accederíamos a las motivaciones profundas del sentido de la acción para los entrevistados (!!).

Así, se combinan un enfoque positivista con una técnica de recolección de datos de carácter supuestamente interpretativista. Más aún, datos que luego serán abordados a través de la técnica de Análisis de Contenido: un recuento de expresiones, términos, conceptos reiterados, y de allí a la afirmación de que éstas son las categorías emergentes que permiten reconstruir la perspectiva del sujeto, etc.

Otra variante es la que presenta en los informes de investigación, las entrevistas sin realizar análisis alguno, el material “en crudo”, o, a lo sumo, acompañadas de comentarios que consisten en repetir, con otras palabras, lo que dijo el entrevistado. En estos casos, lo que se reitera es otro de los tan discutidos aspectos del paradigma cuantitativo: que los datos —el discurso en un caso, las cifras en otro— “hablan solos”, que encierran una verdad que se hace por sí misma evidente.

En este punto es importante consignar lo que señala J. Dollard, refiriéndose al método biográfico: *Muchos profesionales parecen pensar que una vez que consiguen que el sujeto cuente su propia historia, automáticamente proporcionará material de carácter científico. Esto rara vez puede ser cierto, pues el material que el sujeto entrega de forma natural está ya condicionado y limitado en muchos aspectos... Dicho de otro modo, el material de la historia personal nunca*

*habla por sí mismo; el sujeto es incapaz de proporcionar párrafos explicativos que den sentido al material. Este hecho hace necesario que el profesional de la historia personal desempeñe un papel activo en lo que respecta al material; debe realizar la tarea crítica de forjar los conceptos necesarios, hacer las conexiones precisas y unir todas las piezas de la historia para hacer evidente su sentido. (...)*

Como también plantea Luckmann,<sup>8</sup> la pregunta por el significado de la acción social tiene que partir de lo obvio: el significado que le da el propio actor a su conducta; pero ese discurso, tomado aisladamente, no tiene sentido. Para aprehenderlo tiene que analizarse la definición de la situación en función de la cual el sujeto actúa, la que va construyendo en su interacción con los otros, incluido el propio entrevistador.

Considerar que tan sólo se necesita el punto de vista del actor para comprender una situación dada demuestra un fuerte desconocimiento acerca de las premisas del paradigma hermenéutico. Y, finalmente, el error más flagrante aún es creer que el actor “reaparecerá” milagrosamente a la investigación social cuando se le encienda una grabadora y se le ordene “Expláye-se, por favor”.

#### **EL ANÁLISIS CUANTITATIVO TAMBIÉN TIENE ALGO QUE DECIR**

Si, en ocasiones como las descritas en el apartado anterior, el investigador pretende apartarse de un enfoque objetivista, y termina por entenderse el uso de unas técnicas como un posicionamiento epistemológico y metodológico interpretativo o hermenéutico, nos encontramos con una situación bastante paradójica: se

critica al paradigma positivista en sus supuestos y técnicas de recolección y análisis de datos como inadecuado para el objeto (o, como mínimo, insuficiente). Y, para enmendar esta falencia, terminan por emplearse estrategias de abordaje cualitativas sin desprenderse de las mismas lógicas con las que se pretende romper.

En este apartado nos referiremos específicamente a un aspecto del paradigma cuantitativo: el campo de la estadística social. Dado que el *des-conocimiento* –en su doble acepción: como “falta de conocimiento” y como “no reconocimiento de su legitimidad”– de las técnicas estadísticas de análisis de datos se constituye a la vez en un prejuicio y una carencia para el investigador social.

El prejuicio es que éstas son, por una parte, poco relevantes para el abordaje del objeto, como inentendibles o impracticables para un formado en humanidades. La carencia es producto del prejuicio: como tales –poco relevantes e inaccesibles–, los programas de las cátedras rara vez llegan a abordarlas más allá del cálculo de porcentajes (un saber que los estudiantes presumiblemente traen de la escuela primaria), o de las medidas de tendencia central. Con suerte, algo de dispersión; poco o nada de análisis correlacional; ausencia, definirivamente, de siquiera un acercamiento a la estadística inductiva. Aquellos que llegan a su instancia de tesis, o estudiantes y aun graduados que participan de proyectos de investigación, deberán preocuparse, o no, por superar esta falencia.

El escaso conocimiento de aspectos básicos de la estadística puede llevar a convalidar resultados de investigaciones que



un examen entrenado no dejará pasar. Por ejemplo en las investigaciones sobre opinión pública —y su correlato, el comportamiento público—, frecuentes en los medios de comunicación, cuando se generalizan a toda la población los resultados de un sondeo de opinión obtenido a través de un muestreo por cuotas, y se presenta con titulares: “Así opinan los argentinos...”. Cuando, en realidad, los únicos muestreos que permiten generalizar los estadísticos muestrales a la población a

través de la estadística inferencial son los del tipo aleatorio; todo ello, acompañado de los correspondientes tests estadísticos que permitan conocer bajo qué condiciones, con qué intervalos de confianza, con qué probabilidad de error de muestreo, se infiere lo hallado en la muestra al universo del cual ella fue extraída. Por lo tanto, mejor sería presentar los resultados diciendo: “Así opinan los integrantes de esta muestra”, más humilde y, por supuesto, mucho menos impactante.

### La teoría y práctica del aborto, según un sondeo

*Por M.C.*

Ocho de cada diez argentinos piensan que debería permitirse el aborto en algunos o todos los casos. Sólo un 23 por ciento lo rechaza totalmente. La aceptación sin condiciones de esa práctica se profundiza entre la población de nivel económico-social medio y medio alto/alto (52 por ciento), entre los varones (56 por ciento) y entre los más educados (60 por ciento). Los datos surgen de la primera radiografía sobre el aborto en la región metropolitana, realizada por la consultora Graciela Römer. El trabajo revela los alcances de la interrupción voluntaria del embarazo: 3,5 por ciento de las mujeres de la Capital Federal y el Gran Buenos Aires admitió haber recurrido a una operación de este tipo en el último año, lo que equivale a 135.000 abortos anuales,

que al proyectarse al total del país lleguen a 409.091. Entre las mujeres con mejor posición económica se registran mayor cantidad de abortos por embarazos no deseados. Entre las más pobres, un 20 por ciento recurrió a esa práctica por razones económicas. La posibilidad de realizar la operación en mejores condiciones sanitarias, sin poner en riesgo la vida, está estrechamente vinculada con el ingreso. Mientras sólo el 20 por ciento de las mujeres de nivel bajo recurrió a un médico, lo hizo el 60 por ciento en el nivel medio y el 83 por ciento del medio alto/alto.

Para el relevamiento se tomó una muestra de 600 casos, residentes en el área metropolitana, de 18 a 70 años, que fueron entrevistados en su domicilio, entre el 3 y el 6 de junio.

“El aborto como práctica general es rechazada mayoritariamente por la población (53 por ciento está en con-

tra y 17 por ciento no tiene una posición definida). Sin embargo, el nivel de aceptación crece cuando se plantean situaciones especiales en las que podría haber la posibilidad de realizar un aborto. Así, un 47 por ciento de los que en principio se oponen al aborto o no tienen tomada una posición riende a aceptarlo cuando está de por medio la vida de la madre, cuando el embarazo es el resultado de una violación o cuando existen malformaciones en el feto”, señala entre sus conclusiones el informe de Graciela Römer y Asociados. El relevamiento encontró que el 30 por ciento de la gente lo aprueba sin condiciones; el 47 por ciento, en situaciones especiales, y el 23 por ciento lo rechaza totalmente. La oposición es mayor en la población de nivel bajo y medio bajo (53 por ciento), entre los que tienen menor nivel educativo (50 por ciento) y entre los que profesan la religión católica (88 por ciento).

“Lo que resulta innegable —advierte la consultora— es que la práctica abortiva existe.” Un 9 por ciento de las mujeres residentes en el área metropolitana dijo haberse sometido a un aborto alguna vez en su vida. La mayor frecuencia de esa práctica fue realizada entre los 30 y los 39 años (16 por ciento) y cuanto más alto es el nivel económico social: 7 por ciento en el nivel más bajo, 9 por ciento en el medio bajo, 10 por ciento en el medio y 15 por ciento en el medio alto/alto.

Los motivos que aducen las mujeres que abortaron se distribuyen de la siguiente forma: un 40 por ciento dice que quedó embarazada sin buscarlo; un 24 por ciento manifestó que corría riesgo su vida; un 15 por ciento no quería tener más hijos; un 4 por ciento no podía mantener económicamente al hijo por venir; un 4 por ciento, porque el bebé tenía problemas, y un 13 por ciento no respondió la pregunta.

“En realidad, un 59 por ciento de las mujeres que se practicó un aborto y argumentó que quedaron embarazadas sin buscarlo o que no quería embarazarse o que no podía mantener otro hijo, podía haberlo evitado utilizando alguno de los métodos anticonceptivos de uso habitual”, indica el trabajo de Graciela Römer y Asociados.

“Un factor importante cuando se trata el tema del aborto es el nivel de mortalidad que implica y que se asocia con el lugar en el que se realiza esta práctica”, destaca el informe. El 63 por ciento de las mujeres entrevistadas hizo el aborto en el consultorio de un médico; un 11 por ciento, en su casa o en la de una partera; el 7 por ciento, en un hospital y un 19 por ciento no respondió la pregunta. “Tener acceso a un profesional médico se asocia con la posibilidad económica, de forma tal que mientras más alto es el nivel económico social mayores son las posibilidades de atenderse con

un médico (20 por ciento en el nivel bajo, 60 por ciento en el nivel medio, 83 por ciento en el nivel medio alto/alto). Mientras tanto, un 40 por ciento de las mujeres más pobres se atendió con una partera y otro 40 por ciento no informa sobre el lugar en que fue practicado el aborto.

Entre las mujeres con mayor poder adquisitivo es en el que se registran mayores abortos por embarazos no de-

seados. Entre las de nivel bajo, un 20 por ciento abortó por razones económicas; un 40 por ciento, porque corría riesgo su vida; un 20 por ciento, porque era un embarazo no buscado y un 20 por ciento no contestó. En los sectores bajos y medios los motivos que prevalecen son embarazos no deseados y no querer más hijos.

(PAGINA 12, 24 de setiembre de 2000)

Es el (mal) ejemplo del artículo periodístico "La teoría y práctica del aborto, según un sondeo",<sup>9</sup> que se transcribe aparte, referido a los resultados de una encuesta de opinión realizado por una consultora de Buenos Aires acerca de la cuestión.

El copete consigna: (...) *Otro sondeo muestra una radiografía del aborto en el área metropolitana: la opinión de la gente y las prácticas concretas.* Lo cual es consecuente con lo que se refiere acerca de la muestra empleada para la recolección de datos: 600 casos residentes en Capital Federal y Gran Buenos Aires, entre 18 y 70 años.

Nada se aclara acerca del tipo de muestreo utilizado, si aleatorio o no probabilístico, o cuáles fueron los criterios para sostener la representatividad de esa muestra a nivel nacional. Sin embargo, el informe comienza con una generalización "fuerte": *Ocho de cada diez argentinos<sup>10</sup> piensan que debería permitirse el aborto en algunos o todos los casos.* En realidad, luego, en el cuerpo de la nota, nos enteramos de que los argentinos —por

lo menos los integrantes de esa muestra, que no es representativa de "los argentinos"— no son tan evolucionados como parece; que *El aborto como práctica general es rechazada mayoritariamente por la población (53% por ciento está en contra y 17% no tiene una posición definida);* y que —de aquel 80% favorable que se destacaba al comienzo— sólo un 30% lo acepta sin condiciones, y el restante 50% únicamente lo admite en situaciones extremas, cuando el embarazo es resultado de una violación o se detectan malformaciones en el feto.

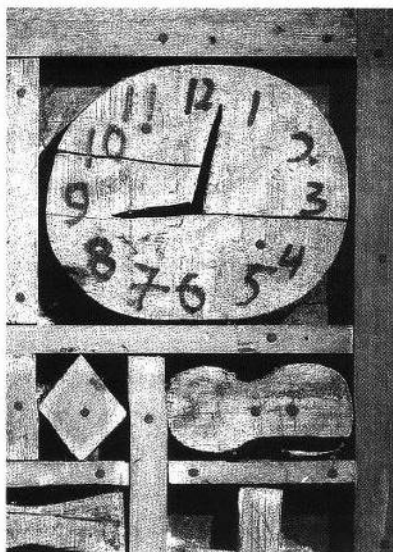
Otra: en el 5º párrafo se consigna: *Lo que resulta innegable —advierte la consultora— es que la práctica abortiva existe. Un 9% de las mujeres residentes en el área metropolitana dijo haberse sometido a un aborto alguna vez en su vida.* 9 de cada 100 casos. Sin embargo, más adelante, cuando se menciona el nivel de mortalidad que implica la realización de un aborto asociado con el lugar en que se realiza, la cifra de mujeres abortantes trepa imprevistamente ¡hasta alcanzar el 100%!

El 63 % de las mujeres *entrevistadas*<sup>11</sup> hizo el aborto en el consultorio de un médico; un 11% en su casa o en la de una partera; el 7% en un hospital; y un 19% no respondió a la pregunta. Si todas las mujeres entrevistadas se toman como el 100%, entonces según esta afirmación, ¿todas ellas abortaron de una u otra forma! Aunque en realidad, estos porcentajes no se tomaron en relación con todas las encuestadas – como expresa el texto –, sino respecto de los 9 entre 100 casos que manifestaron haber abortado alguna vez.

Más allá de posibles errores de redacción, podríamos preguntarnos: esos datos ¿qué significan? Como afirmábamos en un apartado anterior, una cifra en sí misma no dice nada: allí es donde se puede poner en juego la imaginación estadís-

Francisco Matto

"CONSTRUCCIÓN. HOMENAJE A TORRES-GARCÍA", 1953.  
ÓLEO SOBRE MADERA. (DETALLE)



tica. De lo contrario, corremos el riesgo de abonar el camino de lo mismo que con frecuencia cuestionamos, de la sociología metodologista, para la cual *lo importante no es que nuestros datos sean significativos, sino que sean ciertos*.

Siguiendo con el ejemplo: el 30% de encuestados que manifiesta su aceptación incondicional del aborto, ¿es un nivel alto o bajo? En todo caso, ¿comparado con qué otros datos, por ejemplo de distintos países, que se tomen como parámetros? Esta magnitud ¿aumentó o disminuyó en relación con otros períodos históricos, o en relación con otras variables? Profundizar en la investigación implicaría plantearnos un análisis correlacional y comparativo entre nuestro país y aquellos en los cuales la práctica no se sanciona: ¿existe asociación entre la legalización del aborto y la opinión respecto de él? En nuestro territorio: ¿es la misma la opinión, o el porcentaje de mujeres abortantes, en la metrópolis que en las ciudades de menor magnitud?. En ese caso, ¿existe o no covarianza entre el modo en que se plantean los vínculos interpersonales, la existencia o no de marcos de contención, y la cuestión específica?

El hecho que tratamos de mostrar es cómo un “mero” análisis de carácter estadístico puede resultar un disparador más que válido para la tan necesitada “imaginación sociológica”. Que el abordaje cuantitativo no es en modo alguno restrictivo si el investigador está lo suficientemente entrenado en sus potencialidades como para explotar al máximo la variedad de los datos que puede aportar y, a partir de ellos, profundizar en aquellos aspectos que –podemos acordar– apenas

sugiere... Pero –seguramente– marca, señala una dirección hacia la cual vale la pena concentrar la mirada. Muchas preguntas relevantes para la investigación social sólo

pueden plantearse y comenzar a resolverse con un conocimiento básico de estadística social. Sólo dejando de lado el prejuicio podemos empezar a superar la carencia.

---

**Carina Cortassa:** Licenciada en Comunicación Social (Facultad de Ciencias de la Educación, UNER). Especialista de Posgrado en Metodología de la Investigación Científica y Técnica (UNER). Auxiliar docente de la Licenciatura en Comunicación Social

de la Facultad de Ciencias de la Educación de la UNER. Docente Titular de la Licenciatura en Comunicación Social en la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (UCES). Facultad Rafaela.

---

1. Si bien nos centramos específicamente en este campo, consideramos que la afirmación resulta válida para las Ciencias Sociales en general.

2. Ya sean de método etnográfico, biográfico, teoría desde el terreno, etnometodología, etc. Para una clasificación de los métodos de investigación cualitativa véase Gil Flores, Javier et al: *Metodología de la Investigación Cualitativa*. Ed. Aljibe. Málaga, 1999.

3. Campbell y Fiske: "Convergent and discriminant validation by the multicrait multimethod matrix." Cit. en Forni Floreal et al: *Métodos cualitativos II. La práctica de la investigación*, CEAL, Bs. As, 1992. Y Jick, Thomas: "Mixing qualitative and quantitative methods. Triangulation in action", *Administrative Science Quaterly*, Vol 24, 1979.

4. Cambiasso, N., Grieco y Bavio, A: *Días Felices. Los usos del orden: de la Escuela de Chicago al Funcionalismo*, EUDEBA, Bs. As., 1999, pp. 164-165.

5. Chalmers, Alan: ¿Qué es esa cosa llamada ciencia? Ed. Siglo XXI, México, 1987.

6. Samaja, Juan: *Epistemología y Metodología. Elementos para una teoría de la investigación científica*. EUDEBA, Bs. As., 3ª Ed., 1995.

7. Plummer, K.: *Los documentos personales*, Siglo XXI, Madrid, 1989, p. 140.

8. Balan, J. (ed.): *Las historias de vida en ciencias sociales*. Nueva Visión. Bs. As., 1974.

9. Página 12, 24/09/2000, p. 22.

10. El destacado es propio.

11. El destacado es propio.

---

**Balan, J. (ed.):** *Las historias de vida en ciencias sociales*. Nueva Visión. Bs. As, 1974.

**Cambiasso, N., Grieco y Bavio, A.:** *Días Felices. Los usos del orden: de la Escuela de Chicago al Funcionalismo*. EUDEBA. Bs. As. 1999.

**Plummer, K.:** *Los documentos personales. Siglo XXI*. Madrid, 1989.

**Samaja, J.:** *Epistemología y Metodología. Elementos para una teoría de la investigación científica*.

*EUDEBA. Bs. As. 3ª Ed., 1995.*

**VV.AA:** *Visiones del Mundo. La Sociedad de la Comunicación. Encuentro Internacional sobre Metodologías de la Investigación en Ciencias Sociales y Comunicación*. Fondo de Desarrollo Editorial de la Universidad de Lima. Lima, 1995.